

GOTTHOLD EPHRAIM LESSING (1729-1781)



Es el máximo representante de la **Ilustración** literaria alemana.

Nació en 1729 en **Kamenz (Sajonia)**, cerca de la frontera entre **Polonia** y **Checoslovaquia**. Fue el tercero de doce hijos. Su padre era **pastor primarius** protestante y educó a su prole en un ambiente austero y disciplinado. **Gothold** estudió **teología** y **matemáticas** en la **universidad de Leipzig** entre 1746 y 1748, allí se interesó por el **teatro**. Obtuvo el título de **magister** en **artes** en 1752 en **Wittenberg**. Se instaló en **Berlín** dedicándose a escribir. En **Hamburgo** fue **dramaturgo** del **Teatro Nacional** y publicó una importante obra crítica titulada **Dramaturgia de Hamburgo**. Desde 1770 fue **bibliotecario** en **Wolfenbüttel**. Se casó en 1776 con **Eva König**. En el parto de su primer hijo, murieron el bebé y la madre, lo que sumió a **Lessing** en una terrible depresión, que ya ha superado cuando escribe **Nathan el sabio** (1779) y **La educación del género humano** (1780).

Murió en 1781 en **Brunswick**.

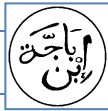
De sus **obras** destacan los seis volúmenes de sus **Escritos** (1753-1755), las **Fábulas** (1759), las **Cartas sobre la nueva literatura** (1759-1765), **Laocoonte** (1766).

En el **teatro** sobresalen **Miss Sara Sampson** (1755), **Minna von Barnhelm** (1767) y **Emilia Galotti** (1772), que es el libro elegido por el **Werther** de **Goethe** para el momento de su **suicidio**: dejó el volumen abierto encima de la mesa antes de pegarse un tiro a la altura de las sienas.

En **Nathan el sabio**, **Lessing** aboga por el **entendimiento** entre las tres grandes religiones: judía, cristiana y musulmana. El autor se desdobra en el protagonista, **Nathan**, que se ve privado como él de su descendencia. **Nathan** es un **judío** rico de **Jerusalén**, en tiempos de la **tercera cruzada**, cuando gobernaba en **Tierra Santa** el sultán **Saladino**, cuando los **cristianos** no dejaban de cometer crueldades en nombre de una guerra aparentemente **santa**. **Lessing** hace un canto a la razón y la **tolerancia**, como se percibe en los fragmentos que copiamos más abajo.

El alemán habla sobre la **religión**, usa una célebre **fábula** del **Decamerón** de **Boccaccio**, donde el **judío Melquíades** consigue escapar de la trampa que le había tendido el **sultán Saladino** a fin de quedarse con su fortuna contándole la bella **parábola de los tres anillos**. Allí afirma **Lessing** que ninguna de las **tres grandes religiones** puede pretenderse **superior** a las otras dos ni postularse como única **verdadera**. Más bien cada una cumplimenta a la anterior más antigua, igual que la **física** de **Einstein** prolonga la **física básica** de **Newton**: así, el **cristianismo** completa al **judaísmo** y es completado a su vez por el **Islam**, la más nueva de las tres religiones. Es por eso por lo que, tras regresar a **La Meca**, **Mahoma** ordenó preservar de la destrucción de imágenes las de **Abraham**, **María** y **Jesús**.

(Más información: "Las mil y una noches", documento en la web del **Avempace**, http://www.avempace.com/index.php?s=file_download&id=5833 y "Giovanni Boccaccio y el Decamerón", documento en la web del **Avempace**, http://www.avempace.com/index.php?s=file_download&id=6026.)



Acto II, escena V

TEMPLARIO: Pero judío — ¿os llamáis Nathan? — Pero Nathan — vos expresáis vuestras palabras — muy bien — muy mordaz — Estoy perplejo — por otra parte — yo habría...

NATHAN: Simulad y disimulad cuanto os plazca. Incluso aquí os descubro. Fuisteis demasiado bueno, demasiado leal, para ser más cortés. — La joven, toda sentimiento; la enviada femenina, toda diligencia; el padre, bien lejos. — Tuvisteis cuidado de vuestro buen nombre, rehuisteis su prueba, rehuisteis para no vencer. Por ello también os doy las gracias. —

TEMPLARIO: He de confesar, sabéis cómo deberían pensar los Templarios.

NATHAN: ¿Sólo los Templarios? ¿Deberían sólo? ¿Y sólo porque las reglas de la Orden lo ordenan? Sé cómo piensan los hombres buenos, sé que todos los países dan hombres buenos.

TEMPLARIO: ¿Con diferencias, espero?

NATHAN: ¡Por cierto! Diferencias de color, de vestidos, de aspecto.

TEMPLARIO: Y también, tan pronto más aquí y menos allá.

NATHAN: Esa diferencia no es tan importante. El hombre grande necesita en todas partes mucho suelo; y muchos, plantados demasiado cerca unos de otros, no hacen sino quebrarse las ramas. Los medio buenos, como nosotros, se encuentran por todas partes en muchedumbre. Sólo no debe el uno denigrar al otro. Sólo es necesario que el cepo se lleve bien con el palo. Sólo no debe una pequeña cumbre pretender haber salido sola de la tierra.

TEMPLARIO: ¡Muy bien dicho! — ¿Pero no conocéis al primer pueblo que impulsó esta denigración de los hombres? ¿Sabéis, Nathan, qué pueblo fue el primero que se designó como el elegido? ¿Cómo? ¿Qué diríais si yo ahora a ese pueblo, pese a no odiarlo, no pudiera dejar de despreciarlo por su orgullo? ¡Su orgullo, que ha dejado como herencia, al cristiano y al musulmán, que sólo su Dios es el verdadero Dios! — ¿Os extrañáis de que yo, un cristiano, un Templario, hable así? ¿Cuándo, y dónde, ha tenido la locura piadosa al mejor Dios para imponerlo como el mejor de todo el mundo, en su más sombría forma, que aquí y en este momento? Aquel a quien aquí y en este momento no se le caiga la venda de los ojos... ¡Pero sea ciego quien lo quiera ser! — ¡Olvidad lo que os he dicho, y dejadme! (*Quiere irse.*)

NATHAN: ¡Ah! No sabéis cuánto voy desde ahora a unirme más estrechamente con vos. — ¡Venid, nosotros deberíamos, sí, deberíamos ser amigos! — Despreciad a mi pueblo tanto como queráis. Ni el uno ni el otro hemos escogido a nuestro pueblo. ¿Somos nuestro pueblo? ¿Qué quiere decir eso de pueblo? ¿Son el cristiano y el judío antes cristianos o judíos que seres humanos? ¡Ah! ¡Si hubiese encontrado en vos a uno a quien bastase llamarse humano!

TEMPLARIO: ¡Sí, por Dios, lo habéis, Nathan! ¡Lo habéis! — ¡Vuestra mano! — Me avergüenzo de no haberos reconocido al instante.

NATHAN: Y yo estoy orgulloso. Sólo lo común raras veces no es reconocido.

TEMPLARIO: Y lo excepcional difícilmente se olvida. — Sí Nathan. Tenemos que ser amigos.

NATHAN: Lo somos ya. — ¡Cómo se alegrará mi Recha! — ¡Y qué risueñas lejanías se abren a mi mirada! — Pero concedla antes.

TEMPLARIO: Tengo muchas ganas de conocerla.”

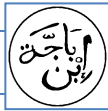
Acto III, escenas V, VI y VII

NATHAN: Ordena, Sultán.

SALADINO: Solicito tus lecciones para algo muy distinto, muy distinto. — Ya que tan sabio eres: dime pues — ¿cuál es la fe, cuál es la ley que más te ha iluminado?

NATHAN: Sultán, soy judío.

SALADINO: Y yo musulmán. Entre nosotros está el cristiano. — De estas tres religiones sólo una puede ser la verdadera. — Un hombre como tú no permanece fijo en el lugar donde el azar del nacimiento lo ha arrojado: o si permanece allí, permanece por entendimiento, por razones, por elección de lo mejor. ¡Vamos! Hazme partícipe de tu entendimiento. Déjame escuchar las razones sobre las que no he tenido tiempo de meditar. Hazme saber, — en confidencia, se entiende — la elección que esas



razones han determinado, para que la haga mía. — ¿Cómo? ¿Estás dudando? ¿Me examinas con la mirada? — Muy bien puede que sea el primer Sultán que tiene una idea tan extravagante; una idea que no me parece, a decir verdad, totalmente indigna de un Sultán. — ¿No es verdad? — ¡Entonces, habla! ¡Di! — ¿O deseas un instante para reflexionar? Bien, te lo concedo. — (¿Ella escuchará? Voy a ir ahora mismo a acecharla: quiero oír si lo he hecho bien. —) ¡Piensa! ¡Piensa deprisa! No tardaré en volver.

(Pasa a la habitación próxima, a donde Sittah se había retirado.)

ESCENA SEXTA

NATHAN (*solo*)

¡Hum! ¡Hum! ¡Extraño! — ¿Qué me ocurre? — ¿Qué quiere el Sultán? ¿Qué? — Yo esperaba que quisiera dinero y él quiere — la verdad. ¡La verdad! Y la quiere tan, — tan desnuda, tan pura, — ¡como si la verdad fuera moneda contante! — Sí, ¡si aún fuera una antiquísima moneda, de las que se valoraban al peso! — ¡Eso aún! ¡Pero una moneda de las nuevas, de las que sólo el cuño las hace; de las que no se pueden contar sino en el anaquel, eso no es, de forma alguna! ¿Acaso, tal y como se guarda el dinero en el bolsillo, se introduciría la verdad en la cabeza? ¿Quién es pues aquí el judío? ¿Él o yo? — ¿Pero cómo? ¿No podría él también, en verdad, alentar la verdad? — ¡Cierto, cierto, el recelo de que emplea la verdad como una trampa sería pequeño! — ¿Pequeño? — ¿Qué es lo que resulta pequeño para un grande? Seguro, seguro: ¡ha irrumpido en la casa con tanta brusquedad! Al menos, se llama a la puerta, se escucha antes, cuando alguno se aproxima como un amigo. — ¡Es preciso que proceda con cuidado! — ¿Y cómo? ¿Cómo se hace eso? — Querer ser un judío de una pieza, no es adecuado ahora. — Y no ser judío en absoluto, menos aún, pues podría preguntarme ¿si no eres judío, por qué no eres musulmán? — ¡Eso era! ¡Eso me puede salvar! — No sólo a los niños se les contenta con cuentos de hadas. — Viene. ¡Pues, que venga!

ESCENA SÉPTIMA

NATHAN y SALADINO

SALADINO: (¡Tenemos el campo despejado!) — ¿No vuelvo demasiado deprisa para tu gusto? Se ha terminado el tiempo de tu meditación. — ¡Ahora, habla! No nos escucha ni un alma.

NATHAN: Que escuche el mundo entero.

SALADINO: ¿Nathan está tan seguro de su asunto? ¡Ah! ¡Esto es lo que yo llamo un sabio! ¡No ocultar nunca la verdad! ¡Poner todo en juego por ella! ¡Cuerpo y vida! ¡Bienes y sangre!

NATHAN: ¡Sí! ¡Sí! Cuando es necesario y útil.

SALADINO: En adelante, espero poder llevar con derecho uno de mis títulos: el de benefactor del mundo y de la ley.

NATHAN: ¡Un bello título, a fe mía! Pero, Sultán, antes de que me confíe enteramente a ti, ¿es posible que me permitas contar una pequeña historia?

SALADINO: ¿Por qué no? Siempre me han gustado las pequeñas historias bien contadas.

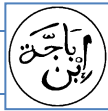
NATHAN: Sí, contar *bien*, no es precisamente lo mío.

SALADINO: ¿Otra vez tan orgullosamente modesto? — ¡Vamos! ¡Cuenta, cuenta!

NATHAN: Antes de los tenebrosos años vivía un hombre en Oriente que poseía un anillo de un valor inestimable, don de una mano querida. La piedra era un ópalo, donde jugaban cien bellos colores, y tenía el poder secreto de hacer agradable ante Dios y ante los hombres a cualquiera que la llevase con esta convicción. ¿Quién se extrañaría, pues, de que aquel hombre de Oriente la guardase constantemente en el dedo, y de que tomase la decisión de conservarla eternamente en el seno de su casa? Tal es lo que hizo. Legó el anillo al más querido de sus hijos, y estableció que éste, a su vez, legaría el anillo a aquel de sus hijos que le fuese más querido, y que a perpetuidad el más querido, sin consideración de nacimiento, por la sola virtud del anillo, llegaría a ser el jefe, el primero de la casa. — Entiéndeme, Sultán.

SALADINO: Te entiendo. ¡Prosigue!

NATHAN: Así, de hijo a hijo, este anillo llegó finalmente a las manos de un padre de tres hijos, los tres eran de igual manera obedientes, y por consiguiente no podía menos que quererlos con un mismo amor.



Sólo de tiempo en tiempo, tan pronto este, tan pronto aquel, tan pronto el tercero, — cuando cada uno se encontraba sólo con él y los otros dos no compartían los desahogos de su corazón, — le parecía más digno del anillo, así que tuvo la piadosa debilidad de prometerlo a cada uno de ellos. Así fueron las cosas, tanto tiempo como fueron. — Pero se acercaba la muerte, y el buen padre llegó así a un aprieto. Le duele ofender a dos de sus hijos que confiaban en su palabra. — ¿Qué hacer? — Envía secretamente el anillo a un artista, y le encarga hacer otros dos anillos a partir del modelo del suyo, con la orden de no reparar en gastos ni omitir esfuerzos para hacerlos completamente iguales a aquel. El artista lo consigue. Cuando lleva los anillos al padre, ni éste es capaz de distinguir el anillo original. Feliz y contento, convoca a sus hijos, cada uno aparte, y les da a cada uno su bendición — y su anillo — y muere. — Me escuchas, ¿no es así, Sultán?

SALADINO (*quien, conmovido, se ha apartado de él*): ¡Escucho, escucho! — Llega pronto al fin de tu historia. — ¿Está próximo?

NATHAN: He terminado; pues lo que sigue, se entiende por sí mismo. — Apenas el padre murió, cada uno se presenta con su anillo, y cada uno quiere ser el jefe de la casa. Se comprueba, se disputa, se acusa. En balde: imposible probar cuál es el verdadero anillo. — (*Hace una pausa, durante la cual espera la respuesta del Sultán.*) Casi igual de imposible para nosotros probar hoy — la verdadera fe.

SALADINO: ¿Cómo? ¿Pretende ser esta la respuesta a mi pregunta?...

NATHAN: Simplemente, me disculpo por no atreverme a distinguir los anillos que el padre mandó hacer con la intención de que no se pudieran distinguir.

SALADINO: ¡Los anillos! — ¡No juegues conmigo! — ¡Pensaba que a pesar de todo eran distinguibles las religiones que te he nombrado, incluso hasta en el vestido, hasta en las comidas y bebidas!

NATHAN: Salvo en lo que se refiere a sus razones. — ¿No están todas ellas fundadas en la historia? ¿Escrita o transmitida! — ¿Y la historia no debe ser creída sólo por la buena fe? — ¿No es así? — ¿Entonces, de quién ponemos menos en duda la buena fe? ¿De los nuestros? ¿De los de nuestra sangre, no es así? ¿De aquellos que nos han dado desde nuestra infancia pruebas de su amor, no es cierto? ¿De aquellos que no nos han engañado nunca salvo en lo que era para nosotros mejor permanecer engañados? — ¿Cómo creería menos a mis padres que tú a los tuyos? O al revés: — ¿Puedo exigirte que acuses a tus ancestros de mentira para así no contradecir a los míos? O al revés. Esto vale igual para los cristianos. ¿No? —

SALADINO: (¡Por el vivo! Este hombre tiene razón. Debo enmudecer.)

NATHAN: Pero volvamos a nuestros anillos. Como he dicho: los hijos se demandaron el uno al otro y cada uno de ellos juró al juez que su anillo procedía directamente de la mano de su padre, — ¡como era en verdad! — después de haber obtenido de él, hacía ya mucho tiempo, la promesa de disfrutar un día de los privilegios del anillo. — ¡Lo que no era menos verdad! — El padre, afirmaba cada uno, no podía haberle mentado; y antes de dejar que se cerniese esa sospecha sobre él, sobre un padre tan querido: debía acusar a sus hermanos, por muy inclinado que estuviese, a menudo, a atribuirles las mejores intenciones, y continuaba afirmando cada uno que ya conseguiría averiguar quiénes habían sido los traidores, y se vengaría.

SALADINO: ¿Y entonces, el juez? — Quiero escuchar lo que le haces decir al juez. ¡Habla!

NATHAN: El juez dijo: "Si no me traéis aquí a vuestro padre sin tardar, os expulso del tribunal. ¿Pensáis que estoy aquí para resolver acertijos? ¿O esperáis a que el verdadero anillo abra la boca? — Pero, ¡un momento! He oído decir que el verdadero anillo posee el poder mágico de hacer querido, de hacer grato ante Dios y ante los hombres. ¡Esto debe decidir! ¡Pues los anillos falsos no podrán hacerlo! — Y bien, ¿cuál de entre vosotros es aquel al que quieren más los otros dos? — ¡Vamos, decidlo! ¿Os calláis? ¿Los anillos sólo tienen ese efecto hacia adentro? ¿No actúan hacia afuera? ¿Cada uno no se ama más que a sí mismo? — ¡Oh, entonces los tres no sois sino engañadores engañados! Vuestros tres anillos no son verdaderos. El verdadero anillo, según parece, se ha perdido. Para ocultar y compensar la pérdida, el padre ha mandado hacer tres en lugar de uno."

SALADINO: ¡Magnífico! ¡Magnífico!

NATHAN: "Y en consecuencia", prosiguió el juez, "si no queréis seguir el consejo que os doy en lugar de un veredicto: ¡marchaos! — Mi consejo es el siguiente: tomad por completo la cosa tal y como es. Cada uno de vosotros recibió su anillo de su padre: así que cada uno considere, con certeza, su anillo como el verdadero. — ¡Podría ser que vuestro padre no haya querido tolerar por más tiempo en su casa la tiranía de *este único* anillo! — Y es seguro que os ha querido a los tres, y querido por igual: ya que ha rechazado oprimir a dos para favorecer a uno. — ¡Vamos! ¡Que cada uno, con todo su celo,

imite su amor incorruptible y libre de todo prejuicio! ¡Que cada uno de vosotros compita en el deseo de manifestar en su anillo el poder de la gema! ¡Que ayude a ese poder mediante la dulzura, la cordial tolerancia, las buenas obras, y que se encomiende a Dios! Y cuando sucesivamente los poderes de la gema se manifiesten en los hijos de los hijos de vuestros hijos: entonces os convoco, para dentro de mil veces mil años, de nuevo delante de este tribunal. Entonces, uno más sabio que yo, tendrá aquí su sede, y hablará. ¡Marchaos!" — Así habló el modesto juez.

SALADINO: ¡Dios! ¡Dios!

NATHAN: Saladino, si crees que tú eres ese hombre más sabio prometido...

SALADINO (*que se precipita sobre él y le coge la mano que no abandona hasta el fin*): ¿Yo, polvo? ¿Yo, nada? ¡Oh Dios!

NATHAN: ¿Qué te ocurre, Sultán?

SALADINO: ¡Nathan, querido Nathan! — Los mil veces mil años de tu juez no se han cumplido aún. — Su tribunal no es el mío. — ¡Ve! — ¡Ve! — Pero sé mi amigo."

Acto IV, escena VII

HERMANO LEGO: ¡Oh, bien! Entonces habréis adoptado de muy buen grado a su hijita.

NATHAN: Podéis creerme.

HERMANO LEGO: ¿Pero dónde se encuentra ella ahora? ¿No estará muerta? — ¡Mejor deseemos que no esté muerta! — Si nadie lo sabe: todo irá bien.

NATHAN: ¿Todo irá bien?

HERMANO LEGO: ¡Confiad en mí, Nathan! ¡Pues mirad, yo pienso así! Cuando algo muy malo está cercano al bien que creo hacer, prefiero no hacer el bien, porque conocemos el mal, sin duda con bastante certeza, pero no conocemos tanto el bien. — Era, ciertamente, muy natural que queriendo criar de la mejor forma a la pequeña cristiana: la criaseis como a vuestra propia hijita. — Esto lo habríais hecho con todo amor y con toda sinceridad. ¿Y deberíais ser recompensado de esta forma? Esto no puedo comprenderlo. Y seguro que hubieseis sido más prudente si hubierais hecho criar a la cristiana como cristiana a través de otros: pero, actuando así, no habríais amado a la hija de vuestro amigo. Y los niños necesitan más el amor, aunque sólo sea el amor de una bestia salvaje, que el cristianismo. Para el cristianismo, ya tendrán tiempo. Mientras la joven crecía sana y piadosa bajo vuestros ojos, permanecía, a los ojos de Dios, siendo lo que era. ¿No está el cristianismo entero construido sobre el judaísmo? A menudo me ha irritado, me ha costado demasiadas lágrimas, el que los cristianos pudieran olvidar hasta tal punto que Nuestro Señor era él mismo un judío.

NATHAN: Es necesario, buen hermano, que seáis mi portavoz, si el odio y la hipocresía se alzasen contra mí, — por una acción — ¡ah, por una acción! — ¡Sólo vos, sólo vos la conocéis! — ¡Pero lleváosla con vos a la tumba! Nunca, hasta aquí, la vanidad me tentó a contársela a algún otro. Vos sois el único a quien se la cuento. Es a la piadosa simplicidad a quien se la cuento. Porque sólo ella concibe qué acciones puede lograr el hombre cuando se somete a la voluntad de Dios.

HERMANO LEGO: ¿Estáis conmovido y están vuestros ojos llenos de lágrimas?

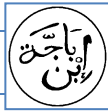
NATHAN: Me encontrasteis con la niña en Darun. Pero probablemente ignoráis que pocos días antes, en Gath, los cristianos habían asesinado a todos los judíos, con mujeres y niños; probablemente ignoráis que entre ellos se encontraba mi esposa y siete hijos llenos de esperanza, y que todos fueron condenados a las llamas en la casa de mi hermano, donde yo los había escondido.

HERMANO LEGO: ¡Dios de justicia!

NATHAN: Cuando llegasteis, hacía tres días y tres noches que estaba postrado ante Dios, cubierto de polvo y cenizas, y llorando. — ¿Llorando? En esa ocasión también ajustando cuentas con Dios, llevado por la cólera, el furor, maldiciéndome, a mí y al universo; jurando a la cristiandad odio implacable. —

HERMANO LEGO: ¡Ah! ¡Os creo plenamente!

NATHAN: Pero, poco a poco, he aquí que la razón volvió. Ella me dijo, con su dulce voz: "¡En verdad, Dios existe! ¡En verdad, eso fue decreto de Dios! ¡Vamos! ¡Ven! Pon en práctica lo que desde hace mucho tiempo comprendiste; lo que seguramente no es más difícil de poner en práctica que de comprender, sólo si tú quieres. ¡Álzate!" — ¡Me alcé! Y gritaba a Dios: "¡Quiero! ¡Sólo si tú quieres que yo quiera!" — Fue entonces cuando vos descendisteis del caballo y me entregasteis a la niña, envuelta



en vuestra capa. — Lo que me dijisteis entonces, lo que yo os dije: lo he olvidado. Lo que sé es que tomé a la niña, la llevé a mi lecho, la besé, caí de rodillas y sollocé: "¡Dios mío! ¡De siete, uno me ha sido devuelto ya!"

HERMANO LEGO: ¡Nathan! ¡Nathan! Sois un cristiano. — ¡Por Dios, sois cristiano! ¡Nunca hubo mejor cristiano!

NATHAN: ¡Mejor para los dos! ¡Pues lo que me hace cristiano para vos, os hace judío para mí! — Pero no nos dejemos ablandar el uno al otro. ¡Aquí hay que actuar! Y si un séptuple amor me vinculó rápidamente a esta única muchacha desconocida, me mata la sola idea de volver a perder a mis siete hijos en su persona: — si la Providencia la reclama de mis manos, — ¡yo obedezco!

HERMANO LEGO: ¡Eso es perfecto! ¡He reflexionado mucho sobre ello! ¡Y he aquí que vuestro buen espíritu ya os ha aconsejado en el mismo sentido!

NATHAN: ¡Sólo que no es necesario que se la lleve el primero que quiera quitármela!

HERMANO LEGO: ¡No, cierto que no!

NATHAN: Quien no tenga sobre ella derechos superiores a los míos, al menos debe tenerlos más tempranos. —

HERMANO LEGO: ¡Sin duda!

NATHAN: Los que otorga la naturaleza y la sangre. HERMANO LEGO: ¡Pienso de igual forma!

NATHAN: ¡Por ello, decid rápidamente quién es ese hombre que es su pariente, hermano, o tío, o primo, o de su familia! No quiero retenerla — a ella, que ha sido creada y criada para ser el adorno de cualquier casa, de cualquier creencia. — Espero que sepáis, más que yo, sobre vuestro señor y su linaje.

HERMANO LEGO: ¡Eso, difícilmente, buen Nathan! — Pues ya escuchasteis que sólo estuve poco tiempo con él.

NATHAN: ¿Al menos, sabéis de qué familia era la madre? — ¿No era una Stauffen?

HERMANO LEGO: ¡Es muy posible! — Sí, me parece que sí.

NATHAN: ¿No se llamaba su hermano Konrad von Stauffen? — ¿Y no era Templario?

HERMANO LEGO: Si no me equivoco. Pero, ¡esperad! Me acuerdo que aún poseo un pequeño libro, perteneciente a mi difunto señor. Lo retiré de su pecho, cuando lo enterramos cerca de Ascalón.

NATHAN: ¿Y entonces?

HERMANO LEGO: Dentro hay oraciones. Nosotros llamamos a eso un breviario. — Eso, pensaba, puede ser aún útil a un cristiano. — A mí, ciertamente no. — No sé leer. —

NATHAN: ¡Poco importa! — ¡Al asunto!

HERMANO LEGO: En ese pequeño libro, por delante y por detrás, figura, me dijeron, de puño y letra de mi señor, la lista de sus parientes, los de él y los de ella.

NATHAN: ¡Oh, perfecto! ¡Partid! ¡Corred! Id a buscarme el pequeño libro. ¡Deprisa! Estoy dispuesto a comprarlo por su peso en oro; y además, ¡mil gracias! ¡Apresuraos! ¡Corred!

HERMANO LEGO: ¡De muy buena gana! Pero lo que allí escribió mi señor está en árabe. *(Sale.)*

NATHAN: ¡Da igual! ¡Sólo traedlo! — ¡Dios! ¡Si, pese a todo, pudiese quedarme con la muchacha y comprarme un yerno semejante! ¡Lo veo difícil! — ¡Vamos, llegará lo que llegue! — ¿Pero quién puede haber dado esos informes al Patriarca? Es preciso que no olvide preguntárselo. — ¿Y si eso viniese de Daja misma?